

Fray Francisco Valdés Subercaseaux: Misionero de la Araucanía y Primer Obispo de Osorno

ESCRIBIR sobre un hermano muy querido y caer en la tentación de idealizar o anudar hechos con juicios subjetivos sería humano y comprensible. Sin embargo, Margarita Valdés Subercaseaux supo vencer esta atracción en su libro "Fray Francisco Valdés Subercaseaux, misionero de la Araucanía y Primer Obispo de Osorno". (Editorial Andrés Bello.) A decir verdad, el material de que disponía —el diario de vida de la madre, cartas del religioso a ella, a sus hermanos y amigos y algunos discursos— no requería complementación alguna. Ellos por sí revelan el brote, desarrollo y realización de una vocación que fue seguida, no sin sacrificios, pero fielmente.

Monseñor Francisco Valdés nació en una familia en que "se habían acumulado herencias de energía, de arte, de inquietud viajera, de señorío y mística"; su infancia transcurre en la chacra Subercaseaux. A los dos años el niño enferma y es llevado apresuradamente por sus padres a La Unión donde el Padre Tadeo, un capuchino con fama de curandero. Este sacerdote y el paisaje sureño se imprimieron para siempre en su mente, como presagio de su vocación futura. Una carta a Su Santidad Pío X solicitando permiso para hacer la primera comunión a los cinco años y un ambiente de religiosidad permanente en la familia fueron el prelude de su vocación, aceptada y cuidada por su madre. Le sigue un viaje a Europa y una búsqueda larga y angustiosa del lugar donde realizar el llamado, que termina en un monasterio capuchino de Baviera y su ordenación como sacerdote de esta orden en Venecia.

"Y ese otro... ese padrecito, más delgado, etéreo, pálido, fino, de nueva barba rubia crespa, como la que pintan a Jesús, de pies descalzos sobre gruesas suelas amarradas con tiras de cuero, de túnica parda y capucha puntuda cayendo sobre las flacas espaldas, de ojos celestes inmensos entre facciones demarcadas... ¿Ese era mi hijo mayor? Era mi hijo dado al Señor".

Estas palabras las estampó su madre en el diario de vida pocas horas después de su ordenación sacerdotal y, quienes conocieron a Monseñor Francisco Valdés, primero como misionero en Araucanía, después como párroco en Pucón y, por último, como primer Obispo de Osorno, así lo recuerdan.

A través de los escritos publicados emerge un fraile lleno de acción que logra muchas obras concretas y que por otro lado está invadido por un tremendo anhelo de tranquilidad, retiro y oración. Su visión sobre su propia congregación, sobre la Iglesia, el Concilio, la liturgia y el mundo pasa por encima de los problemas contingentes y nos abre la puerta hacia un espíritu diferente que conocía la esencia de los problemas.

"Creo que uno de los peligros de los cristianos contemporáneos, escribe a su amigo Rafael, es el de perder de vista virtualmente la ciudad celestial, tras el empeño constante de establecer condiciones de vida conformes al ideal de un cristiano demasiado asimilado al reino de este mundo".

La correspondencia entre madre e

MARGARITA VALDÉS SUBERCASEAUX



FRAY FRANCISCO
VALDÉS SUBERCASEAUX

MISIONERO DE LA ARAUCANÍA Y PRIMER OBISPO DE OSORNO

Editorial Andrés Bello

hijo constituyen la parte medular de la publicación. Es ella la que da la tónica; dos personas cultas que manejan el lenguaje con sencilla elegancia y cuya afinidad se debe a una común visión de la eternidad. Ella es una madre de cinco hijos que, sin duda, tiene una devoción particular por su primogénito y que, tal como el Papa lo pidiera recientemente, alentó y cuidó la vocación de su regalón.

"Sentimos que nunca nada podría separarnos. El es un pedazo de Jesús. Y Jesús es la aureola de mi vida", escribió. El hijo en septiembre de 1947 le dice: "Cada tiempo y cada imagen de la infancia, siempre a su lado, me trae un mar de emoción imposible de medir, y me parece que nuestras dos vidas son de una edad, sin darme cuenta de que es el caudal suyo el que corre por mí y hoy día las corrientes se han unido para ir a desembocar a la vida".

Los documentos sobre el conflicto austral dan la nota de actualidad a este libro. Monseñor Francisco Valdés no sólo ofreció sus sufrimientos finales por esta intención sino que fue de los primeros promotores de la mediación papal. Muchos consideran que la misa que se efectuó en 1950 junto al Cristo del Tromen fue el precedente de muchos actos similares que en años recientes se han organizado en otras zonas limítrofes.

En su testamento, después de pedir perdón, el sacerdote anota en el punto cuarto: "Aquí debiera comenzar el libro de mi vida, cuyo título no podría ser otro sino ¡Gracias!".

La publicación misma sin duda constituye otro motivo para decir "Gracias". A través de ella se ve cómo una vida aquilatada en estos valores no sólo es posible, sino también cuanto es fructífera.

Christiane Raczyński